

sus rebeldes cabellos, y respetuosas, con lágrimas en los ojos, se inclinaban y bendecían a la Santa. ¡Oh Reina, cuán amada erais!

Pienso sin embargo, Señores, que pertenecería ella también a ese mundo ¡en que no se hacen esas cosas!

¿Se necesita insistir más?

No, ¿no es así? Tanto más cuanto que mirando de cerca las cosas que se hacen en el mundo, se pierde mucho del horror que podrían inspirar aquellas «¡que no se hacen!»

Tened, pues, nobleza de alma. No recibáis las cadenas que os echan encima. El verdadero cristiano depende solo de Dios y de su conciencia; todo otro yugo le importa poco, y le sacude! ¡Haced bien y dejad que digan! ¡Valor y ánimo, pues, ánimo siempre, y después de haberos vencido a vosotros mismos, venced también al mundo!

Resta el tercer obstáculo puesto en el camino para impedir vuestra marcha hacia el pobre. Teméis encontrar al pobre ingrato o engañador.

Ingrato, ¡Dios mío! Convengo, Señores, en que encontraréis a veces la ingratitud en ese camino y en ese mundo del pobre.

Pero ¿no la encontráis nunca en vuestro propio mundo?

También podrá suceder que en aquel mundo seáis engañados... mas ¿no lo habéis sido nunca en el vuestro?

No creo yo, sin embargo, que a causa de los ingratos y engañadores de arriba os retiréis de la sociedad de los ricos; pues no os retiréis tampoco de la sociedad de los pobres a causa de los ingratos y engañadores de abajo.

Por lo demás, permitidme que os lo diga: ¡No! ¡no! es falso que el pobre sea ingrato... que haya ingratos entre los pobres, pase; pero la característica general del pobre es el amor y el reconocimiento; un amor y un reconocimiento que se desborda, porque, ya os lo he dicho, no está sujeto por los cordeles de las convenciones humanas, y brota de los labios tal como está en el alma.

Hace algunos meses, visitando yo una polí-clínica para pobres y estando llenas todas las salas, fué introducido en la oficina en que yo esperaba un joven, un pobre obrero que había sufrido quemaduras horribles en una fábrica de vidrios. Le hablé un poco; luego, cuando el médico estuvo libre, ayudé a vendarle. En realidad mi papel se limitó a desarrollar la venda y a sostenerle mientras llegaban los alfileres. A esto se redujo todo; no hubo más.

Ocho días después, paseándome yo por la tarde con un amigo, noté que me seguía un buen mozo; por la bruma le tomé por un mendigo.

Como persistiera en seguirme, volví la cabeza y sin fijarme en él le dije: «No tengo nada que daros, amigo mío».—«Señor cura, me respondió, soy yo!... quería daros otra vez las gracias!» Era mi joven, el de las quemaduras de la semana anterior.

¿Es esto ingratitud?

Siendo estudiante de teología, bajo mi ventana, veía yo una madre que, cuando brillaba el sol, colocaba cuidadosamente sobre una almohada en el umbral de la puerta de una casa de obreros, a un niño suyo estropeado de una pierna. Conseguí permiso para llevarle dulces los días que nos los ponían de postre en la mesa, y se los llevaba; no hice más.

Concluídos mis estudios dejé la ciudad y a mi amigo, el cojito. Quince años después volví allá. No hacía dos días que allí estaba, cuando al pasar delante de aquella pobre casa, siempre igual, bien que ahora con aires de mayor comodidad, vino a mí el padre: «Dispéñseme usted, me dijo, ¿no es usted el que en otro tiempo daba dulces y pececillos encarnados a nuestro Pepito?» Y como yo me sonriera, me tendió sus dos manos y se echó a llorar. «¡Oh! ¡no lo he

olvidado nunca!» me dijo. Y en verdad él se acordaba mejor que yo, pues yo había perdido completamente la memoria de los pececillos encarnados!

Vuelvo a preguntaros, ¿es esto ingratitud?

¿Y engañador? no, el pobre no lo es, o al menos si lo es, lo es como lo son todos los hombres.

Exagerará su miseria... ¿No exageráis vosotros vuestros sufrimientos?... Se dirá mejor que lo que es... ¿No gustáis vosotros de parecer mejores que lo que sois? Hará gala y ostentación de sus virtudes... ¿No ostentáis vosotros las vuestras? Ocultará lo mejor que pueda sus vicios... ¿No veláis vosotros lo mejor que podéis los vuestros?... ¿No es humano todo eso?...

Pero ¿cómo sabré yo si tengo que habérmelas con un hombre probo, con una mujer honrada?

¿Lo sabéis siempre en vuestro mundo?... ¿Y no os sucede a veces hallaros chasqueados?

Tendréis todavía una ventaja de parte del pobre: el día en que sepáis con certeza que ese hombre es un bribón y esa mujer una perdida, podréis volverles la espalda y dejarlos allá; mientras que en vuestro mundo, esos desprecios generosos, esos verdaderos abandonos son «cosas que no se hacen». ¡Con cuánta frecuen-

cia, mucho tiempo después de vuestros descubrimientos, debéis estrechar la mano y sonreír a personas a quienes en vuestro interior despreciáis, porque a vosotros os consta lo que son; pero que vuestro mundo continúa admitiendo, porque todavía oficialmente lo ignora!

Basta ya de esto.

¿No veis cómo de todas las razones acumuladas contra la caridad personal ni una sola queda en pie?

Lo único que resta es el eterno mandato del Señor: «¡Amad!... ¡amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos!»

Y vuestro prójimo es, en efecto, ese pobre, ese pobre de nuestros días sobre todo, despojado por ladrones de los únicos bienes que le quedaban, la fe y la esperanza divina: herido gravemente por el aguijón de todas las malas pasiones que le han clavado en el alma; por la pasión roedora de la envidia de crueles dientes; por la pasión abrasadora de la codicia y del apetito; por la pasión consumidora del odio, odio a los grandes, odio a los ricos, odio a todos los afortunados, porque se le ha dicho que aquella fortuna es un insulto a su miseria. Y después abandonado a la vera del camino, y moribundo!

¿Haríais vosotros como aquel sacerdote y aquel levita, que miran, ven y pasan de largo, sin que se conmueva una sola fibra de su corazón, sin que se extremezcan lo más mínimo sus entrañas?...

San Juan que, por haber reposado en el Corazón de Cristo, le conoció mejor que nadie, nos dice terminantemente:

«En vano os lisonjeáis de estar en la verdad y en la luz, si no amáis a vuestros hermanos... No, no, estáis en las tinieblas.—Está en la verdad y en la luz el que ama a sus hermanos».

Y en otra parte: «En esto reconoceréis que habéis pasado de la muerte a la vida, en si amáis a vuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte».

Pero ¿qué hacer? ¿y cómo? Para vosotros, Señores, la respuesta es obvia: Haced miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Después, no tengo más que deciros, porque todo está allí. Dos veces en mi vida he tenido el honor de asistir a las asambleas de esas Conferencias, y he salido de ellas conmovido hasta el fondo de mi alma: Había sentido pasar sobre mí el soplo de la caridad de Cristo!

Para vosotras, Señoras, la ruta es más com-

plicada. Trabajar para el pobre, Señoras, y hacerle con vuestras manos vestidos de abrigo para el invierno, ya es algo, está muy bien y os alabo por ello. Pero sería mucho mejor, si después les llevarais vosotras mismas esos vestidos.

Desgraciadamente nos detenemos con frecuencia en lo bueno, sin pasar a lo mejor. Me acuerdo de un caritativo Roper, donde absolutamente se prohibía a sus miembros el dar por sí mismos ninguna cosa de las que se trabajan en sus santas reuniones. Yo procuré que desapareciera aquella necia regla; pero había tenido la desgracia de definir a la tal sociedad, «una reunión de almas devotas congregadas para cortar trajes para los pobres y reputaciones para el prójimo», con lo cual quedó arruinada para siempre mi influencia sobre ellas.

Organizar en beneficio de los pobres esas fiestas de caridad que llamáis tómbolas ó kermeses, y consagrarse a ellas por completo, es también cosa buena, y sin duda, empleando en ellas cuerpo y alma practicáis la caridad personal. Os alabo igualmente por esto; pero reconoced que los esfuerzos que hacéis, la gracia que desplegáis, todo el encanto con que ejecutáis vuestra obra, no tiene por fin inmediato al pobre, sino más bien al señorito comprador y

a la señorita compradora...; y que vuestro trabajo no quede sin cierta gratísima remuneración.

¡Está bien, está bien! pero todavía no es eso lo que Jesucristo entiende por «entregaros al pobre», por «amor al pobre!» Esto es mucho más.

Entrad vosotras mismas en relación inmediata con el pobre. ¿Y cómo? De dos maneras. Si él viene a vosotras recibidle, y después no le abandonéis ya, hacedle vuestro pupilo, vuestro protegido, vuestro familiar, si me es permitido hablar de esta suerte. Sí, vuestro familiar, porque en verdad ¿cuál es la familia cristiana que no tenga a su cuidado y por decirlo así, sobre sus brazos—en los momentos de impaciencia se dice: sobre las narices—dos, tres, cuatro y cinco pobres? Ya es una mujer anciana que hacía las labores pesadas de casa, y cuyo marido ha muerto, ya una antigua criada que ha caído en la miseria, ya los huérfanos de un jardinero, qué sé yo?... ¡Ah! no os faltarán pobres, no!... A éstos, no os contentéis con acogerlos, sino id luego a verlos, sostenedlos, alentadlos, amadlos, y por amor servidlos.

Y si el pobre no viene a vosotras, id vosotras a él; y esta es la segunda manera. Aquí los caminos abundan!...

¡Qué de obras, al término de las cuales la encontraréis! Patronatos, Sociedad de Señoras de la misericordia, Sociedad de las viudas pobres, Sociedad de los enfermos pobres, Comité de protección a los encarcelados, Orfelinatos, Casas-cunas,... la lista de esas obras sería interminable. ¡Ah! no os contentéis con darles vuestra limosna... sed activas, sed visitadoras, sed amantes, dad la alegría de vuestros ojos, las palabras de vuestros labios, el trabajo de vuestros brazos, la caricia de vuestras manos y el amor de vuestros corazones.

Pero hay todavía otra cosa mejor, Señoras, y después de haberlo reflexionado no temo decíroslo.

Hay un libro, cuya lectura he aconsejado muchas veces, que yo mismo he leído y releído y nunca sin derramar bien de lágrimas. Su autor no tiene la fe de Jesucristo, pero sí un corazón sincero; y con esa sinceridad nos dice que ha visto y ha narrado las generosidades incomparables que brotan de las almas de que se ha apoderado Cristo. «Yo no tengo fe, exclama en una de sus más sentidas páginas, pero si conociera el camino de Damasco, me arrastraría por él de rodillas».

A ese libro y a su autor los habéis nombrado ya vosotros: es *La Caridad Privada en París*, por Máximo du Camp. Abridle por el capítulo de «Las Señoras del Calvario»; yo no conozco nada más bello, ni más grande, ni más santamente sublime. Se ha hablado mucho en estos tiempos del Apostolado de los leprosos; pues eso viene a ser, y podría denominársele el Apostolado y servicio de los cancerosos.

Que no se espante vuestra delicadeza. No me atrevería yo a conducirlos a esas alturas. Por otra parte, la obra de las señoras del Calvario supone un hospicio, establecido, y pobres y enfermos a domicilio, y aun señoras viudas y residentes que hacen votos de religión. No se hallan reunidas todas estas condiciones en toda ciudad. Una sola de estas casas hay establecida en Bélgica; está en Bruselas, y el pueblo, que en esto no suele engañarse, y que por instinto da con el verdadero nombre de las cosas, la ha llamado «el palacio de los pobres».

Si tenéis valor, id a verla; las introducciones son fáciles. Se os preguntará si vais como visitante o como trabajadora, y vuestra generosidad, o al menos vuestro amor propio, os hará responder: «Como trabajadora»; entonces se os dará un delantal blanco y mangas blancas, y para haceros la ilusión de que trabajáis se os

dará a tener una palangana o una cestita con hilas, vendas y trapos limpios y se os conducirá a las camitas blancas... ¡Oh! ¡qué padecimientos veréis allí!... Desfallecerá vuestro corazón... se os conducirá al jardín a tomar el aire, pero volveréis... sí, volveréis. ¿Y sabéis quién os conducirá de nuevo allí?... Cristo, Cristo que tocará vuestro corazón y secretamente os dirá: «Ven, ven, hija mía, es tan bueno, es tan dulce amar a mis pobres!» Y volveréis, y aquellos padecimientos os parecerán menos repulsivos, y os parecerá que os sonríen, y los amaréis. Y cuando salgáis de allí, sentiréis en vuestra alma la vivificante sensación de lo que poco hace se os decía: «¡Oh qué bello es esto! ¡Oh qué grande! ¡Oh qué santo y sublime!»

Y os vendrá otro pensamienso:

«Y yo ¿no podría por mi parte hacer nada?»

Sí, hay algo que podéis hacer.

La gran obra de que acabo de hablaros tiene una hermanita menor, ¡la obra de las farmacias gratuitas!

En nuestras grandes ciudades—y mañana en la vuestra, si queréis vosotros—hay casas más humildes, ¿qué digo? simples habitaciones, ya en la planta baja, ya en un piso, unas veces con

fachada a la calle, otras en el interior de un patio o de un jardín, a donde pueden ir los pobres a consultar gratuitamente a médicos hábiles y a recibir los medicamentos y la asistencia que les prescriban. Estas farmacias a veces están aisladas, a veces anejas a una policlínica, y a veces, aunque más raramente, a un convento o a un hospital.

Jamás faltan médicos... Dios ha puesto en su alma, para con aquellos pobres cuerpos de cuya curación se encargan unos corazones de los cuales podrían tener envidia los sacerdotes.

¿Sabéis lo que a veces suele faltar?... ¡enfermeras! Acudid allí, Señoras, organizaos, repartíos las horas, poneos vuestros blancos delante y vuestras mangas blancas. Santiguaos con la señal de la cruz, y a la obra! Porque ¿sabéis qué pobres enfermos son los que se ven más en esas benditas mansiones?... son niños en brazos de sus madres... ¡Ah! ¿no os ha hecho Dios esas manos, esas inimitables manos de madre, para tocar esos cuerpecitos? Son jóvenes mujeres a quienes vuestras palabras alentarían y vuestros consejos guiarían y vuestra amistad confortaría para los combates de la vida, tan dura para ellas. ¿No sabéis vosotras por vuestros corazones de cuánto valor necesita un corazón de mujer para atravesar la vida? Son an-

cianos que se acercan al término y que miran melancólicamente la muerte que se les echa encima... ¡Oh! haced que vuelva la sonrisa a esos labios, infundid un poco de esperanza en esas almas, y antes que partan de esta vida, hacedles gustar por última vez la dulzura de sentirse amados!

El año pasado, dando un periódico cuenta de los trabajos de una de estas farmacias, recomendaba a las jóvenes dedicadas a su servicio que tuvieran cuidado y se guardaran bien de introducir en el baile de la noche, en vez de los finos perfumes del mundo, un vago recuerdo y olorillo de yodoformo.

Amados jóvenes, cuando llegada la hora, discretamente se tiendan hacia vosotros por todas partes esas manitas blancas, yo no sé lo que os dirá el perfume que las embalsama, pero si alguna de ellas, por olvido, dejara sentir por la noche el yodoformo de la mañana... no vaciléis... es la mano de un gran corazón, es la mano de una grande alma! ¡es la mano de una amante, de una abnegada!

SEÑORAS, SEÑORES:

Hay costumbre de llamaros los dichosos de este mundo, porque sois ricos. En este mundo

no hay dichosos, y la vida no es clemente para nadie!

Vosotros habéis vivido, luego habéis sufrido, porque vivir es sufrir. Unas veces el infortunio, otras la muerte, ya las decepciones, ya las traiciones; y todas esas miserias humanas, miserias del cuerpo, miserias del alma, miserias del corazón, se ceban en nosotros, nos golpean, nos hieren, nos desgarran, y vamos caminando por la vida, sonriendo á veces, pero llevando siempre en nuestro seno corazones cuyas heridas sangran constantemente. ¡Oh qué de lágrimas se ven correr, cuando uno se acerca a las almas!

¡Oh vosotros, vosotros los que sufrís, los que lloráis sobre vuestras esperanzas frustradas, sobre vuestros ensueños destrozados, sobre vuestras ilusiones desvanecidas; vosotros los que lloráis sobre vuestros amados que han desaparecido, sobre vuestros muertos que os han llevado parte del alma; vosotros los que lloráis heridos por la mordedura roedora de ese mal que la Escritura llama tedio de la vida, *taedium vitae*, vosotros los olvidados, los traicionados, los abandonados, decid, decid, ¿queréis ser dichosos todavía? ¿queréis todavía gustar del gozo y saborear la paz? Pues id al pobre, daos al pobre, amad y servid al pobre.

Ahí está el secreto. ¿Sabéis por qué? Porque

el pobre es, por decirlo así, Jesucristo, y amar a Jesucristo es bueno, amar a Jesucristo es dulce, amar a Jesucristo es suave.

No hay dicha más que en el amor, y no hay amor más que en Jesucristo, porque únicamente Jesucristo es fiel, únicamente Jesucristo puede saciar nuestros corazones.

A. M. D. G.

## NUESTROS EMIGRANTES

*Coelumque  
Adspicit, et dulces moriens reminiscitur Argos.*  
Y alzando los ojos al cielo, acuérdate al morir  
de su dulce Argos.

(VIRGILIO. Eneida. Lib. x.)